



GÓTICA

La Fontana Sagrada
HENRY JAMES

Durante la última de sus estancias de fin de semana en la gran mansión Newmarch, en la campiña inglesa, el narrador de esta historia tiene ocasión de observar asombrosas transformaciones en algunos de los huéspedes: una mujer fea se ha vuelto inexplicablemente bella, un joven ha envejecido de forma exagerada, un imbécil exhibe una inteligencia deslumbrante..., en definitiva, unos mejoran mientras otros empeoran. El protagonista espía y analiza estos fenómenos, tratando de encontrar la clave del enigma en una supuesta serie de misteriosos «intercambios de fuerza vital». *La fontana sagrada* es una de las últimas obras que escribió Henry James, y sin duda se trata de una de las novelas más insólitas y originales de la literatura moderna. Fue escrita no mucho después de *Otra vuelta de tuerca*, de la cual es una especie de complemento o pieza gemela. Ambas tienen en común el mismo telón de fondo de una gran mansión aislada del mundo exterior, los mismos parajes de una belleza triste y extraña, acontecimientos parejamente furtivos y turbadores dentro de una atmósfera de luminosidad y brillo, y un narrador en primera persona que se enfrenta a prodigios no comprobables científicamente.

CAPÍTULO I

Era una ocasión, advertí —la invitación a pasar un fin de semana en una mansión campestre—, para buscar en la estación a otros, posibles amigos e incluso posibles enemigos, que tal vez acudieran también. Tales premoniciones, en efecto, engendraban temores cuando no conseguían engendrar esperanzas, si bien hay que matizar que a veces se daban, en casos así, equívocos harto gratos. Uno era mirado austeramente, en el compartimiento, por personas que a la mañana siguiente, tras el desayuno, demostrarían ser encantadoras; a uno le dirigían la palabra personas cuya sociabilidad subsiguientemente se mostraba restringida; y uno se confiaba a otros que ya no habrían de reaparecer... pues sólo iban a Birmingham. Nada más ver a Gilbert Long, un poco más lejos en el andén, empero, lo identifiqué como un partícipe. No era tanto que el deseo fuera padre del pensamiento cuanto que recordaba haberlo visto ya en Newmarch más de una vez. Era amigo de la mansión: no iba a Birmingham. Tan escasamente confiaba yo, por otra parte, en que me reconociera, que me detuve antes de llegar al vagón junto al cual se hallaba: busqué un asiento que no me expusiera a su compañía.

Sólo lo había tratado en Newmarch, lugar con un hechizo tan especial como para crear cierto vínculo entre sus invitados; pues siempre había dado, en otras ocasiones, tan escasas muestras de reconocerme que yo no podía menos que considerarlo estúpido para no tener que considerarlo

ofensivo. Lo cierto es que era estúpido, y en ese sentido no pintaba nada en Newmarch; pero no por ello dejaba de poseer, sin duda, su propia idiosincrasia, que aplicaba sin criterio. Me pregunté, mientras hacía poner mi equipaje en mi rincón, qué sería lo que Newmarch veía en él... pues siempre tenía que ver algo antes de hacer una señal. Acaso le allanaba el camino su agraciada apariencia, que era impresionante: su buen metro ochenta y cinco de estatura, su cabello corto y de exquisita ondulación, su semblante ancho, afeitado, espléndido. Era un hermoso mueble humano: hacía que una concurrencia reducida pareciera más numerosa. Tal, al menos, era mi impresión de él que había resucitado antes de volver a bajar al andén, y en un principio no pudo sino llenarme de sorpresa verlo encaminarse hacia mí como para saludarme. Si por fin había resuelto tratarme como a un viejo conocido, era a pesar de los pesares la ocasión de dejarlo aproximarse. Por consiguiente, eso fue lo que hizo, y de un modo tan concienzudo, me apresuro a agregar, que al cabo de unos instantes ya estábamos charlando casi como con la tradición de una agradable intimidad. Era bastante apuesto, ahora me percaté de nuevo, pero no hasta un grado tan modélico como me había parecido recordar; por lo demás, nítidamente sus maneras habían ganado en soltura. Hizo alusión a nuestros anteriores encuentros y comunes contactos; se alegró de que yo fuese; se asomó a mi compartimiento y lo juzgó preferible al suyo. Llamó a un mozo, al instante, para que trasladase su equipaje y, mientras su actividad estaba enfrascada en ello, contemplé al resto de los pasajeros, que buscaban o ya habían hallado acomodo.

Esto duró hasta que Long retornó con el mozo, así como con una dama por mí desconocida y a quien por lo visto él había comentado que en nuestro vagón podría acomodarse a su satisfacción. El mozo llevaba en efecto el neceser femenino, que dejó sobre un asiento y cuya coloca-

ción enseguida dejó libre a la dama para dirigírseme con un reproche:

—No juzgo muy considerado por parte de usted el no hablarme. —Me quedé mirando pasmado, y seguidamente reconocí su identidad gracias a su voz; tras lo cual reflexioné que ella había debido de juzgarme la misma clase de asno que yo había juzgado a Long. Pues ella era, según parecía, ni más ni menos que Grace Brissenden. Tuvimos los tres el vagón entero para nosotros solos, y viajamos juntos durante más de una hora, en el transcurso de la cual, sentado en mi rincón, tuve a mis compañeros frente a mí. Al principio nos pusimos a charlar un poco, y luego, a causa de que el tren —uno veloz— avanzaba imparable y bramaba correspondientemente, cejamos en el empeño de competir con la música de éste. Hasta entonces, empero, nos habíamos intercomunicado uno o dos hechos que meditar en silencio. Brissenden iba a acudir más tarde: no es que, a decir verdad, eso fuese un hecho tan tremendo. Pero su esposa estaba informada, sabía de los muchos otros que acudirían; había mencionado, mientras aguardábamos en la estación, gente y cosas: que Obert, pintor perteneciente a la Royal Academy, se hallaba en alguna parte del tren, que su propio marido iba a traer consigo a Lady John, y que la señora Froome y Lord Lutley también seguían esta portentosa nueva moda —y los sirvientes de ambos también, cual un único hogar— saliendo, viajando y llegando juntos. Mientras viajaba sentado me volvió a las mientes que cuando ella había comentado que Lady John estaba a cargo de Brissenden, el otro componente de nuestro trío había manifestado interés y sorpresa, los había manifestado de un modo que había hecho que ella replicara con una sonrisa—: ¿De veras no lo sabía usted?

Esto había tenido lugar en el andén mientras, aprovechando los últimos minutos, aguardábamos junto a la puerta.

—¿Por qué diantres debería yo saberlo?

A lo cual, con buenos modales, ella se había limitado a contestar:

—¡Oh, sencillamente yo creía que en todo momento usted lo había sabido!

Y ambos me habían mirado de una manera más bien singular, como interperándome cada uno acerca del otro. «¿Qué diantres quiere decir ella?», parecía que preguntara Long; por su parte la señora Brissenden dio a entender con leve inescrutabilidad: “Usted sabe tan bien como yo por qué debería él saberlo, ¿a que sí?”. En realidad yo no lo sabía ni remotamente; y lo que luego se me antojó que constituyó el verdadero comienzo de esta historia, fueron ciertas palabras que dejó caer Long cuando alguien se acercó a decirle algo a ella. En ese momento yo le di pie mencionando no haber sido capaz de identificarla en un principio. ¿Qué diantres, en los últimos uno o dos años, le había sucedido? Había cambiado a mejor tan extraordinariamente. ¿Cómo había conseguido volverse bella tan tardíamente una mujer que había sido fea durante tanto tiempo?

Era exactamente lo mismo que él había estado preguntándose:

—Al principio yo tampoco logré identificarla. Tuvo que dirigirme algunas palabras. Pero es que yo no la había visto desde que se casó, que fue (¿no es así?) hace cuatro o cinco años. Está asombrosa para tener la edad que tiene.

—¿Cuál es la edad que tiene, pues?

—Huy, cuarenta y dos o cuarenta y tres.

—Está increíble para eso. Pero ¿de veras puede tener tanta edad?

—¿Acaso no es fácil de calcular? —preguntó—. ¿No se acuerda, cuando se casaron, de lo inmensamente mayor que ella parecía al lado del pobre Briss? ¿Cómo la llamaron? Una asaltacunas. Todo el mundo hizo chistes. Briss no tiene siquiera treinta años. —En efecto, me acordé: no debía de tenerlos; pero de lo que no me acordaba era de que fuese tan enorme la diferencia. De lo que primordialmente

me acordaba era de que ella había sido bastante feúcha. En el momento presente era más bien bella. Sin embargo, Long no convino con eso—: Me siento obligado a decir que yo no lo denominaría exactamente belleza.

—Oh, sólo lo digo comparativamente. Está tan guapa... y extrañamente tan «refinada». ¿Por qué, si no, íbamos a no haberla reconocido?

—Eso digo yo: ¿por qué? Pero no se trata de algo con lo cual tenga relación la belleza. —Él había discernido la clave con una lucidez por la cual yo no habría debido otorgarle ningún mérito—. Lo que le ha sucedido es sencillamente que... que nada le ha sucedido.

—¿Nada le ha sucedido? Pero, mi querido amigo, ha estado casada. Se supone que eso es algo.

—Sí, pero ha estado casada tan poco y tan estúpidamente. Debe de ser desesperantemente aburrido estar casada con el pobre Briss. Su relativa juventud no lo vuelve, a fin de cuentas, más dotado. Él no es más que lo que es. Simplemente se ha detenido el reloj de esta mujer. No parece más vieja, eso es todo.

—Ah, y también algo estupendo, cuando se empieza donde ella lo hizo. Pero la distinción establecida por usted —agregué— me parece justa. Sólo que si una mujer no envejece es lícito decir que rejuvenece; y si rejuvenece es lícito suponer que embellece. Eso es todo... salvo, como es natural, que me parece algo igualmente delicioso para el propio Brissenden. Él tenía el aspecto, creo recordar, de un bebé; ¡conque si su mujer sí luciese sus cincuenta años...!

Huy —atajó Long—, a él eso le habría resultado indiferente. Es lo peliagudo, ¿no se da cuenta?, del estado conyugal. La gente no tiene más remedio que habituarse a los encantos del otro no menos que a sus defectos. Él no lo habría notado. Ello sólo nos ocurre a usted y a mí, de modo que el hechizo de ello es para nosotros.

—¡En tal caso, qué suerte —exclamé riendo— que, con Brissenden marginado de ello y relegado a una obscura

postergación por el horario de trenes, seamos usted y yo quienes disfrutamos de ella! —En lo que me había dicho me habían llamado la atención más cosas de las que yo podía asimilar de inmediato, y pienso que debí de mirarlo, mientras él hablaba, con un leve retorno de mi perplejidad primera. Hablaba como yo nunca lo había oído hablar: cada vez menos como el cargante Adonis que tantas veces me había «desairado»; y mientras así hacía era yo correlativamente más consciente del cambio operado en él. De hecho, tras unos instantes notó el vago desconcierto de mi mirada y me preguntó —con perfectos buenos modales— por qué lo atalayaba con tamaña intensidad. Me despabilé lo bastante para contestar que no podía menos que sentirme fascinado ante el modo como me exponía sus opiniones; ante lo cual me replicó —con idéntica amigabilidad— que él, por el contrario, barruntaba que yo, siendo tan inteligente y crítico, estaba divirtiéndome a costa de su desmañada cháchara. Pese a ello siguió en sus trece respecto de que a Brissenden le pasaba inadvertido aquello que habíamos estado comentando—. ¡Ah, en ese caso espero —dije— que al menos no le pase inadvertida Lady John!

—¡Oh, Lady John! —Y se dio la vuelta como si hubiese ora demasiado, ora demasiado poco que decir sobre ella.

Nuevamente me hallé ocupado con la señora Briss mientras él se encaminaba hacia el chico de los periódicos, y ocupado, extrañamente, en opinar audazmente sobre él casi lo mismo que él y yo habíamos opinado sobre ella. Con franqueza ella me expresó que jamás había visto a un hombre mejorar tanto: confianza ésta que acogí con alacridad, ya que me demostraba que, bajo la misma impresión, yo no me había descaminado. Ella se había limitado, al parecer, cuando lo había encontrado, a reconocerlo con gran esfuerzo. Recibí su confesión, mas se la devolví:

—Él me ha dado a entender que no la reconoció a usted más fácilmente.

—¿Más fácilmente que usted? Huy, a nadie le ocurre; y, para ser enteramente sincera, ya me he acostumbrado a ello y no me molesta. Se dice que cambiamos cada siete años, pero a mí me hacen sentirme como si cambiase cada siete minutos. ¿Qué quiere usted, de todas formas, y cómo puedo remediarlo? Es la molienda de la vida, los estragos del tiempo y de las desgracias. Además, ya sabe, tengo noventa y tres años.

—¡Qué joven debe usted sentirse —repliqué— para apetecerle hablar de su edad! La envidia, pues a mí nada me empujaría a revelarle la mía. Aparenta usted, ¿sabe?, nada más que veinticinco.

Asimismo, evidentemente, lo que le dije le causó placer, un placer que ella asió y retuvo:

—Bueno, pero no iré a decirme que visto igual que una mujer de veinticinco años.

—En efecto: viste usted, advierto, igual que una de noventa y tres. Si vistiera igual que una de veinticinco, aparentaría quince.

—¡Quince años y jugando a las charadas en el cuarto de los niños! —Ante esto se rió bastante contenta—. Su piropo es excéntrico para mi gusto. Yo sé, en cualquier caso —siguió—, en qué consiste la diferencia apreciable en el señor Long.

—Tenga la bondad entonces, para poder respirar tranquilo, de contármela.

—Pues que en estos últimos tiempos una mujer muy inteligente se ha...

—... ¿tomado —por supuesto aquel inicio era suficiente — un especial interés por él? ¿Alude usted a Lady John? —inquirí; y, puesto que saltaba a la vista que la respuesta era sí, objeté—: ¿Llama usted una mujer muy inteligente a Lady John?

—Sin duda alguna. Por eso es por lo que amablemente propicié que, como ella iba a tomar, según me enteré por casualidad, el próximo tren, Guy viajase con ella.

—¿Fue usted quien lo propició? —me asomé—. Entonces ella no es tan inteligente como usted.

—¿Porque considera usted que ella no lo haría, o que sería incapaz? No hay duda de que no se habría aplicado a ello con el mismo entusiasmo... por más de un motivo. El pobre Guy no tiene brillantez: no cuenta más que con su juventud y su belleza. Pero precisamente por eso es por lo que me da pena y siempre que puedo procuro echarle una mano. La compañía de Lady John es, ya lo ve, una mano.

—¿Quiere decir porque tan claramente le ha servido de mucho a Long?

—Sí: decididamente le ha proporcionado un cerebro y una lengua. Eso es lo que le ha sobrevenido.

—Entonces —dije— se trata de un caso sumamente extraordinario... como servidor jamás ha visto en la vida.

—Ah, pero —objetó— sucede.

—¡Huy, tan rara vez! Sí: decididamente yo jamás lo he visto. ¿Está segurísima —insistí— de que Lady John es el influjo?

—No insinúo, desde luego —respondió—, que él se ponga nervioso si se la nombra, que de hecho no parezca tan inocente como un ratero. Pero eso no demuestra nada... o, mejor dicho, ya que es sabido que siempre están juntos y que de la mañana a la noche ella se muestra tan aguda como un alfiler de sombrero, demuestra exactamente lo que servidora ve. Sencillamente servidora lo percibe.

Yo le di la vuelta al cuadro:

—A duras penas están juntos si ella está junto a Brissenden.

—Huy, eso es sólo de cuando en cuando. Es algo que una que otra vez esta clase de personas (¿no lo sabía?) se preocupan de hacer: cultivan, a fin de encubrir su juego, la apariencia de otras pequeñas amistades. Ello hace desviarse del verdadero husmillo a los ajenos, y mientras tanto la verdadera aventura sigue su curso. Por lo demás, también usted percibe el efecto. Si ella no lo ha vuelto inteligente,

¿cómo lo ha vuelto entonces? Ella le ha suministrado, sin interrupción, cada vez más intelecto.

—Vaya, tal vez esté usted en lo cierto —repuse riéndome— aun cuando habla como si se tratase de aceite de hígado de bacalao. ¿Ella lo administra, en calidad de dosis diaria, a cucharadas? ¿O una sola gota cada vez? ¿Él lo toma en las comidas? ¿Se supone que él es consciente de ello? Para mí la dificultad radica simplemente en que aunque he visto a los bellos volverse feos y a los feos volverse bellos, a los gordos adelgazar y a los delgados engordar, a los bajos crecer y a los altos menguar, aunque he visto incluso, del mismo modo, a los inteligentes, como al menos los había supuesto demasiado ilusamente, volverse estúpidos, no he visto (no, ni una sola vez en toda mi vida) que los estúpidos se vuelvan inteligentes.

Era una dificultad, pese a todo, de la que supo salir perfectamente airosa:

—Todo cuanto puedo decir en tal caso es que disfrutará usted, durante los próximos uno o dos días, de una interesante experiencia nueva.

—Será interesante —declaré a la par que recapacitaba—, y más todavía si logro descubrir yo mismo que Lady John es el actuante.

—Lo descubrirá si habla con ella... o sea, quiero decir, si hace que ella hable. Verá que ella es capaz.

—¿O sea que conserva su ingenio —pregunté— a pesar del que les insufla a los demás?

—¡Oh, tiene suficiente para dos!

—Yo estoy enormemente impresionado ante el de usted —repuse—, así como ante su generosidad. Pocas veces he visto que una mujer tenga tan favorable opinión sobre otra.

—¡Es porque me gusta ser gentil! —dijo con la mayor buena fe del mundo; a lo cual sólo supe contestar, mientras subíamos al tren, que era una gentileza que sin duda Lady John apreciaría.

Long volvió a unírseos y emprendimos, como ya he dicho, nuestro trayecto; el cual, como asimismo he señalado ya, me pareció corto bajo la luz de tal llamarada de sugerencias. A cada uno de mis compañeros —y el hecho se les notaba a las claras— le había sucedido algo inaudito.

CAPÍTULO II

En Newmarch el día era tan bueno y el panorama tan hermoso como concurrida y variopinta era la reunión; y mi memoria evoca en el decurso de aquella larga tarde muchas amistades reanudadas y mucho sentarnos y ambular, con el fin de sostener fragmentos de conversación, bajo la luenga sombra de grandes árboles y por los rectos senderos de viejos jardines. De esta guisa transcurrió un par de horas, y nuevos advenimientos enriquecieron el cuadro. Había personas por quienes yo sentía curiosidad: Lady John, sin ir más lejos, a quien me prometí echar un pronto vistazo; pero no nos rehusamos a ser arrastrados por corrientes que reflejaron nuevas imágenes y aquietaron suficientemente la impaciencia. Evoco, así y todo, una completa secuencia de impresiones, cada una de las cuales, según vería yo posteriormente, tuvo como misión reforzar todas las demás. Si esta historia, como he apuntado ya, había comenzado, en la estación de Paddington, en un momento dado, paso a paso ganó en substancia y sin perder ni un eslabón. De hecho, los eslabones, en caso de detallarlos todos, formarían una cadena demasiado larga. Formaron, a pesar de los pesares, el más feliz pequeño capítulo de peripecias posible, aunque una serie de la cual apenas puedo presentar más que el efecto global.

Una de las primeras peripecias fue que, antes de la cena, hallé a Ford Obert paseando levemente apartado en compañía de la señora Server y que, considerándolos sim-

páticos conocidos, yo los habría abordado con confianza de no ser porque inmediatamente el aire huidizo de ambos me infundió cierto temor a interrumpirlos. La señora Server era siempre preciosa y Ober siempre diestro; éste último se detuvo al punto, empero, dispensándome tan entusiasta acogida como si ya hubiese concluido la plática que estaban manteniendo. Ella era extraordinariamente bella, notoriamente simpática, manifiestamente encantadora, mas él me dirigió tal mirada que de veras pareció decir: «¡Sea usted buen chico, no me deje a solas con ella por más tiempo!». Yo ya la había tratado con anterioridad en Newmarch —de hecho, ése había sido mi único contacto con ella— y sabía de qué manera se la valoraba allí. También sabía que una aversión hacia las mujeres bellas —a multitud de las cuales él había preservado para una agradecida posteridad— no era su distintivo en cuanto hombre ni en cuanto artista; la consecuencia de todo lo cual fue hacerme preguntarme qué había podido estar ella haciéndole. El amor, posiblemente... si bien difícilmente él habría pedido ser salvado de eso. Ella no le habría otorgado, por otra parte, el placer de su compañía nada más que para ser cruel. Me uní a ellos, en cualquier caso, informándome la señora Server de haber venido en un tren anterior al mío; y formamos un lento trío hasta que, en un recodo de la hacienda, nos topamos con otro grupo. Estaba compuesto por la señora Froome y Lord Lutley y por Gilbert Long y Lady John... juntos y revueltos, como habría podido decirse, no agrupados conforme a la leyenda. Marchaban delante Long y la señora Froome, según recuerdo, y milord se apartó de Lady John al verme aproximarme a ella de manera asaz directa. Para mí ella se había vuelto, de sopetón, tan interesante como, mientras viajábamos, me habían parecido mis dos amigos del tren. Como origen del flujo de "intelecto" que había preternaturalizado a nuestro joven, ella tenía todo el derecho a una honda atención; y enseguida habría estado dispuesto a sentenciar que la recompensó con su habitual co-

piosidad. A buen seguro se mostró, como había dicho la señora Briss, tan aguda como un alfiler de sombrero, y tuve presente la intimación de esa dama de buscar en ella la solución de nuestro enigma.

El enigma, puedo constatarlo, resonó de nuevo en mis oídos con la alegre voz de Gilbert Long: ésta se cernió allí —ante mí, junto a mí, detrás de mí, cuando todos hicimos un alto— con su incansable ritmo ligero, una bulliciosa animación que parecía multiplicar su presencia. De veras se convirtió, por el momento, bajo esta impresión, en la cosa de la cual fui más consciente: lo oí, lo sentí incluso mientras yo intercambiaba saludos con la hechicera con cuya varita él había sido tocado. Sin duda lo que yo deseaba no era exactamente que me tocase a mí; y sin embarco sí deseaba, denodadamente, una vislumbre; de suerte que, con la exquisita acogida que me brindó Lady John, ciertamente yo habría podido sentirme seguro de estar camino de conseguirla. Durante estos minutos la nota del predominio de Long se agudizó hasta un grado que soy incapaz de describir, y siguió dándome la impresión de que aunque fingiéramos charlar, era únicamente a él a quien escuchábamos. Nos tenía a todos en sus manos: momentáneamente dominaba toda nuestra atención y nuestras relaciones. En resumidas cuentas estaba, a consecuencia de nuestra tesitura, en posesión de la escena hasta un grado que no habría podido ni soñar hacía uno o dos años... ya que en esa época no habría podido escalar tan elevadas cumbres sin hacer el ridículo. Y lo fundamental era que aun cuando ahora se hallaba en la cumbre tan donosamente, sin embargo él sabía menos que ninguno de nosotros lo que a él mismo le pasaba. No era consciente de cómo había «debutado»... lo cual era precisamente lo que acentuaba mi pasmo. Por su parte, Lady John sí era enteramente consciente, y me figuré que me miraba para calibrar cuán consciente era yo. Nada me importó, por descontado, lo que ella supusiese; para mí lo interesante de ella era únicamente la operatividad de su in-